

Adiós a mi madre

.....
José L. Rozalén Medina

Catedrático y doctor en Filosofía y
 Ciencias de la Educación

1. Noche en el hospital

Fuera llueve mansamente, y dentro, en la semioscuridad del pasillo, con el aleteo constante de enfermeras y auxiliares que van y vienen como ángeles de la noche, y una sinfonía de toses, expectoraciones, gemidos, lamentos atraviesan la penumbra de desasosiego, dolor y enfermedad.

Mi madre tose y tose, se agita y habla sin que se le entienda nada; dice que ha hablado con su madre y con mi padre ya muerto, y a mí me entra una gran desazón y tristeza. ¡Qué penoso es el dolor y la decadencia física y mental cuando se acerca el final! Comprendo ahora, en el misterio de la noche dolorosa, la contradicción de la muerte joven, puesto que, por una parte, parece injusta, cruel, pero por otra, presenta el atractivo inalterable del que se va de este mundo en la plenitud de la vida, con la rebosante y bella juventud no destruida, fijada para siempre en el recuerdo.

Fuera sigue lloviendo. Son las cuatro de la madrugada y siguen pasando coches y coches, sobre todo taxis. Las luces de la Navidad cercana brillan bajo un grisáceo chirimirí interminable que cae sobre el asfalto reluciente. Se cruzan ante mi ventana, abajo en la calle, algunas personas que caminan con cierta celeridad, seguramente a trabajar, a cumplir alguna misión, alguna obligación. Pasa el tiempo con lentitud. ¡Qué larga la noche en un hospital! Vuelvo a pasear. Me siento junto a mi madre que, un poco más calmada, sigue quejándose.

Observo otra vez la ventana: El fin de semana arrastra calle abajo a las últimas prostitutas, a los últimos borrachines, a los últimos «pastilleros», a

las vocingleras pandillas de «botelleros» que alborotan y cantan desaforadamente sin ritmo ni sentido. ¡Qué diferencia de ambientes! Dentro, la gente lo pasa mal y sufre; afuera, la gente se divierte y quiere vivir a tope, aunque, bien pensado, creo yo que los que veo bocear y tambalearse bajo la lluvia están más enfermos, más muertos, que los que aquí se van apagando lentamente con sufrimiento, pero con dignidad.

Esta tarde-noche, paseando por el pasillo del hospital, mientras mi madre seguía quejándose y yo sufría sin poder hacer nada, contemplaba casi sin querer, a través de las puertas semiabiertas, a los enfermos. Eran de todas las edades y condiciones (más viejos que jóvenes), con sus caras marchitas y amarillentas. Algunos aparecían tumbados, intubados, sin moverse, con sus fantasmagóricas máscaras de oxígeno que parecían indicar que estaban más cerca del otro mundo que de éste. Otros, aparecían sentados con la cabeza hundida, lamentándose casi sin fuerzas. Un hombre de media edad, muy educado, sosteniendo la bolsa de orina en su mano, en pijama, paseaba por el pasillo y saludaba amablemente. Había enfermos que, incorporados en la almohada, con el aerosol zumbando en su nariz, miraban con la boca abierta, sin pestañear, la «castaña pilonga televisiva» que les encasquetaba el infumable José L. Moreno, con sus humoristas que daban grima, con sus desnudos espectaculares de cuerpos maravillosos en mínimos «tangas» que hacían aún más obscena la estampa de los tullidos mirando aquellos: Intentado salir de la «caverna de la enfermedad» se consolaban metiéndose de bruces en la «caverna de la fealdad y el mal gusto».

Me siento ahora, de nuevo, junto a mi madre, que sigue gimiendo y do-liéndose a pesar de los calmantes y las atenciones constantes de las enferme-

ras y auxiliares, que siguen con su generosa actividad. Les agradezco su so-litud y me contestan con una sonrisa. Tapo a mi madre, desasosegada, y le cojo las manos que ella tiende hacia mí. Intenta incorporarse impulsada por el dolor y la tengo que volver a reclinar: ¡Díós mío, que duro es todo esto! ¡Cuántas veces me habrá tapado y cobijado ella a mí! Ese cuerpo ahora maltrecho y dolorido me llevó a mí nueve meses en su seno, me dio la vida, me amamantó, me cuidó, veló por mí ¡Qué pobre pago le doy yo ahora tapándolo y cogiéndole las manos!

Recuerdo ahora, en un momento de silencio transitorio, sentado junto a mi madre, el espectáculo deplorable que contemplamos hace unos días cuando, desde su pueblo conquense, tuvimos que trasladarla a Madrid y llevarla a Urgencias, en un hospital madrileño, porque su estado era muy grave.

Evoco las horas y horas esperando ansiosamente. Las pequeñas salas de visitas rebosantes de enfermos y familiares, los pasillos llenos de camillas en las que las caras apergaminadas y descoloridas esperaban su turno. Una chica que parecía del Éste vomita en un rincón y se desploma, mientras su novio pide ayuda a voz en grito... Una viejecita esquelética se agita y manotea desesperada... Un grupo de magrebíes protesta desaforadamente, sin formas, a una enfermera joven que se está dejando la piel, como sus compañeras, en el intento de ayudar a la gente, de aquí para allá, y que les dice con gran dominio de la situación que ella no es la responsable de que no haya más camas, que hagan la protesta en el lugar pertinente, pero ellos siguen erre que erre acosando a la enfermera...

La guardia civil acompaña esposado a un joven demacrado, con los ojos hundidos, que tiene toda la pinta de ser víctima de la droga o del sida...

Una señora obesa, sentada en una silla de ruedas, con un amago de infarto, nos dice que lleva más de cuatro horas esperando a que la vean... De una ambulancia del Samur bajan una camilla con una persona desangrándose... ¡Dios mío, cuánto dolor! Mi madre, en un rincón, no podía ver el espectáculo, porque ella también se nos moría: Con una neumonía fortísima y una subida de azúcar tremenda se nos quedó como traspuesta, con la mirada extraviada, fría, pálida, con la boca en una mueca terrible. Llamamos rápidamente a enfermeros y médicos y la atendieron solícitos llevándola, tras los pertinentes análisis a observación y, luego, a donde está ahora instalada.

Durante estos días he comprendido, admirado (y agradecido) la labor de todo el personal sanitario, su trabajo, su necesaria vocación, su entrega sin condiciones. Junto a la de educar es, parece ser, la profesión que más cansancio psíquico crea, más depresiones, más agotamiento. No me extraña. Conozco la exigencia y la tensión permanentes a las que está sometido el maestro, el profesor, pero creo que la dedicación, el esfuerzo que deben realizar los que tratan con enfermos, con la vida y la muerte, es superior.

2. El momento del adiós

Llegó inevitable su hora. El organismo de mi madre se descompensó totalmente y no aguantó más, a pesar de los cuidados de médicos y enfermeras. Al amanecer del día 24, día de la Nochebuena, mi madre nos dejó. Mi hija menor, Ana Elisa, que había venido de Salamanca, fulgor de piedra e historia, para pasar las vacaciones con nosotros, y que había querido quedarse aquella noche con su abuela, la vio expirar y fue testigo, con lágrimas contenidas, con madura serenidad, de sus últimos momentos.

En esa noche maravillosa en la que el Dios-Niño nos nacería en Belén, en



la que la VIDA se haría HOMBRE para que nosotros no muramos para siempre, mi madre no podría asistir, como todos los años, después de la cena familiar, a la solemne «Misa del Gallo». Ella había salido ya de este mundo

sensorial y contingente y había encaminado sus pasos hacia la VIDA. Seguramente (¡qué maravillosa paradoja!) se habrán encontrado en el camino: Jesús que bajaba a la Tierra para hacerse Hombre y mi madre que dejaba

la Tierra para ir hacia la LUZ que nunca se extingue. Allí, con toda seguridad, la esperaba mi padre, su amor, para ser felices eternamente junto al Padre, en una dimensión que nosotros no podemos ni imaginar, ni soñar («ni oído oyó, ni ojo vio»), sino solamente creer, porque la Palabra («En el principio era la Palabra...») y su Promesa no pasarán nunca para los que creen en ellas.

La mañana de Navidad llevamos a mi madre a su pueblo para darle allí cristiana sepultura, en un cementerio que no es tétrico ni da miedo, sino que genera paz y serenidad porque tiene árboles, flores, pájaros y olor a mieses en verano, aunque en estas fechas de invierno está aterido por el frío y la neblina. Antes de salir para la iglesia y el camposanto, contemplo el cuerpo sin vida de mi madre dentro de su ataúd, instalado en el centro de su casa, rodeado de sus hijos, nietos, familiares, amigos, vecinos... Me siento profundamente triste, pero a la vez esperanzado, tengo el alma conmovida, pero algo muy profundo me dice que ella está viva, en una existencia, diferente, deslumbrante, misteriosa...

Mi madre (nos lo había dicho) quería volver, aunque fuese unos minutos, a su pueblo, a su casa, antes de emprender el camino hacia su descanso definitivo. No quería ir desde Madrid al camposanto. Quería, aunque sólo fuese unos instantes, sentirse en el corazón de su hogar. Y así lo hicimos. Ella estaba allí, muerta pero como una reina, haciendo su postrer descanso en lo que había sido el centro de su vida, su casa, para despedirse de aquella morada que tanto había amado.

Miraba yo a mi madre inerte, marfileña, fría, pero al contemplar su casa, su domicilio, su hogar, al que se había

entregado con un entusiasmo envidiable durante toda su vida, con su admirable ilusión (con sus 87 años cumplidos) por tenerlo todo en perfecto estado de limpieza y de orden, y al ir deslizándose con ternura mi mirada por aquellas paredes queridas, por cada una de los enseres, los adornos, cosas tuyas que allí había, la veía viva, cercana, cálida, oyendo su voz, riendo, enfadándose, agitándose, yendo inquieta y laboriosa de un lado para otro con dificultad (tenía una fortísima artrosis en sus rodillas) dándonos órdenes para que le alcanzásemos, le limpiásemos, le arreglásemos, le explicásemos «lo de los euros»...

En cada objeto, en cada mueble, en cada habitación, en cada cuadro, en cada ámbito, allí estaba ella. ¡Dios mío, cuántos recuerdos, cuánta vida vivida! Entonces comprendí en toda su crudeza, en su verdadera dimensión lo doloroso de aquella separación, de aquel adiós: Aquella corriente vital que se había desbordado durante tantos años por aquella casa, convertida por ella y por mi padre en un verdadero hogar, en el que crecimos y nos educamos mi hermano y yo, se había quedado paralizada, congelada, rota, se había esfumado, ya no estaba allí, ni volvería a estar: ¡Sólo nos quedaban los recuerdos y su espíritu aleteando a nuestro alrededor!

Comprendí entonces con más claridad algo que ya había pensado en otras ocasiones: El techo de los padres es como la prolongación de nosotros mismos, es como un segundo útero protector que va configurando nuestro propio ser, que va formando nuestro talante personal, que va forjando ese nudo de relaciones humanas, de afectos y sentimientos que vamos tejiendo a lo largo de nuestra vida, y que, en definitiva, son los que nos van a ayudar a ser felices o infelices.

Comprendí en aquellos momentos de intensa emoción que *la casa de cada uno, transformada por el cariño y la entrega sin condiciones de los padres en hogar vivo, es totalmente imprescindible para realizarnos plenamente como personas*, para, al calor del amor, poder desarrollar todas nuestras facultades y posibilidades, preparando así, en aquel ambiente distendido y tierno, nuestra musculatura mental y espiritual con la que hacer frente a las dificultades que, con toda seguridad, nos vamos a encontrar en el mundo que nos rodea y zarandea, en tantas ocasiones inhóspito y agresivo.

Tras la ceremonia religiosa, celebrada austeramente el día de Navidad bajo las bellísimas bóvedas góticas del templo parroquial donde se bautizó, se casó y había cobijado su fe durante toda su vida, en la que el sacerdote oficiante (su sobrino «Pedrito») habló de las sólidas creencias, del coraje vital, de la permanente acogida de su tía Elisa («me hablaba con pasión de sus hijos, nietos y siempre acabábamos en la cocina en donde me ofrecía de todo», dijo con emoción mi primo), el cortejo fúnebre, protegiéndose de la pertinaz y gélida lluvia bajo una abigarrada y discontinua cortina de paraguas de todos los colores, se dirigió al cementerio.

Allí, en el camposanto de su pueblo, rodedad de lágrimas y flores (sus nietos le dejaron rosas rojas), quedó el cuerpo de mi madre (que su espíritu ya había volado). Una sincera y dolida plegaria de todos los que la queríamos se clavó, como saeta esperanzada, en el cielo ceniciento de aquella especial mañana navideña.

Cuando, por fin, descansó junto a mi padre, cogí una ramita verde del ciprés que cubre su tumba, la besé dulcemente y se la eché para la eternidad.